

Ensayo / 'Sobre las religiones'

¿Son los dioses demócratas?

Jean-Louis Benoît recopila los escritos de Alexis de Tocqueville sobre cristianismo, hinduismo e islam y su compatibilidad con el progreso político

JUAN MANUEL BELLVER / París
Corresponsal

«La sociedad debe juzgarse por su capacidad para hacer que la gente sea feliz», dejó escrito el filósofo y jurista francés Alexis de Tocqueville. Hace un siglo y medio de su desaparición y el pensamiento político y moral de Alexis-Henri-Charles Clérel (1805-1859), vizconde de Tocqueville, sigue vigente.

Universalmente conocido por sus dos volúmenes sobre *La democracia en América* (1835-1840), en los que analiza el sistema político estadounidense y las transformaciones de la sociedad civil del país, el precursor de la sociología moderna había caído en el olvido durante buena parte del siglo XX, para ser redescubierto en Francia a partir de los años 70, gracias a Raymond Aron y sus *Etapas del pensamiento sociológico* (1967).

Desde entonces, su legado se ha revelado en muchos aspectos como atemporal, hasta el punto de que otra de sus obras fundamentales, *El antiguo régimen y la revolución* (1856) se convirtió este invierno pasado en todo un *best-seller* en China, después de que un influyente ex alcalde de Pekín, Wang Quishan, la recomendara en público. Y es que, en un clima de debate sobre la crisis del Estado del Bienestar y las deficiencias del modelo democrático-liberal, el pensamiento de Tocqueville constituye cada vez más una fuente de reflexión.

«Lo que hace del *corpus tocquevilliano* una referencia permanente es su claridad de exposición, su pensamiento lógico, su capacidad de interrelacionar fenómenos socio-políti-

crítica de *Sobre las religiones* (Ediciones Encuentro).

«Para él, es el respeto a los valores universales de la humanidad lo que permiten evitar el despotismo, que es el mayor riesgo de la democracia. El siglo XX nos ha dado suficientes pruebas de lo que advirtió Tocqueville: el despotismo no es antagonista de la democracia, sino que puede surgir de ésta cuando los individuos abogan por un régimen fuerte y reclaman un caudillo, cuando están dispuestos a renunciar a sus libertades para garantizar cierto tipo de igualdad, eso degenera en las dicta-

aduras que hemos sufrido durante el siglo XX».

En 160 páginas llenas de notas, Benoît, profesor jubilado de Literatura y Filosofía, normando como el autor al que ha dedicado ya ocho sesudos libros, recopila y comenta los más importantes textos de Tocqueville sobre el islamismo, el hinduismo y el cristianismo, que han sido reunidos aquí procedentes de diversas obras, algunas de las cuales eran casi inencontrables. Procedentes de obras diversas, muchos de estos escritos eran de difícil acceso y sorprenden por actuales.

«En el viaje a EEUU que da origen a las reflexiones y análisis de *La democracia en América*, Tocqueville descubrió la importancia de la religión en una sociedad democrática», explica Benoît. «La Revolución Francesa, que trataba de sustituir las formas religiosas por formas seculares e ideológicas, le parecía un remedio peor que la enfermedad. Desde entonces, no dejará de interesarse por los vínculos que unen los destinos de los pueblos, tanto sociales y políticos como reli-

giosos. Por este enfoque sociológico de la religión, Tocqueville es radicalmente moderno».

«La religión es necesaria en todas las sociedades y más aún en las democracias», proclama el que fuera miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Academia Francesa, además de diputado y Ministro de Asuntos Exteriores, en el segundo tomo de *La democracia en América*. «Si una religión ha echado raíces profundas en el seno de una democracia, evitad socavarla; no tratéis de arrancar a los hombres sus antiguas creencias para sustituirlas por nuevas, por temor a que en un momento en el que el alma se halla vacía, vengan los anhelos por los goces materiales... La creencia en un

La paradoja

«Tocqueville defendía la separación iglesia-estado, aunque opinaba que los valores que la religión y la democracia transmitían no eran antinómicos, ya que el universalismo del Renacimiento y los principios del Siglo de las Luces son una recuperación secularizada de los del cristianismo en sus orígenes», aclara Benoît. 'Sobre las religiones' es su primer título 'tocquevilliano' publicado en España. Empezó por una tesis doctoral titulada 'Tocqueville moralista' y su última entrega es una reedición corregida y llega hasta la biografía de 2005 'Un destino paradójico' (Éditions Perrin). «Lo que me distingue de otros expertos que se dedican a un único aspecto de su obra o a uno de los textos del 'corpus tocquevilliano' es que yo me apoyo sobre la totalidad del mismo y, a partir de ahí, hallo elementos nuevos», indica. Por ejemplo, la denuncia de la esclavitud y el genocidio de los indios en 'Democracia en América'. «La paradoja que esa gran democracia se haya constituido sobre un doble crimen contra la humanidad».

principio inmaterial e inmortal, temporalmente unido a la materia, es necesaria para la grandeza del hombre. Es suficiente para dar un cierto tono sublime a sus ideas y para inclinarlas hacia los sentimientos nobles».

A pesar de defender que la sociedad no puede deshacerse de la religión, Tocqueville no fue un buen católico. «Más bien era agnóstico. Perdió la fe a los 16 años», señala Benoît. «Como nació en Francia, siempre se vinculó al catolicismo, aunque a mi parecer es más cristiano que católico; sobre todo, por sus enfrentamientos con Pío IX. Para él, la Iglesia había tomado un camino errado, alejado de la sociedad. Respetaba los dogmas antiguos, pero consideraba que no hacía falta inventar otros nuevos como la Inmaculada Concepción. Opinaba que la religión debe vivirse como un acto social y, por tanto, debe adaptarse a la evolución de las costumbres para no crear desafección».



No era creyente y se enfrentó con Pío IX pero creía en el valor de la fe

«En EEUU vio la importancia de la religión en una democracia»

cos y su idea irrenunciable de que la única política consensualmente buena es aquella que comporta una visión ética y moral», explica, por su parte, Jean-Louis Benoît, una de las mayores autoridades mundiales sobre el aristócrata escritor, que acaba de publicar en España una edición